

EL REALISMO DE LO IMPOSIBLE

En el ya lejano mayo francés del 68, hubo una pintada cuyo texto dió la vuelta al mundo. "Seamos realistas; pidamos lo imposible", decía. El contenido de la expresión, objetivamente analizado, es una tontería. Lo imposible nunca puede convertirse en una realidad; exigirlo resulta, cuando menos, locura o estupidez.

Pero algo debía tener, sin embargo, ese texto para causar un impacto psicológico aún no desaparecido del todo. Ni el más experto profesional de publicidad hubiera alcanzado tanto éxito.

La razón ha de buscarse en dos hechos que siempre tendrán vigencia: el deseo de cambiar una estructura social que eternamente será estrecha y asfixiante para las aspiraciones del hombre y el convencimiento, confirmado por la Historia, de que muchas cosas en alguna época consideradas imposibles fueron, más tarde, espléndidas realidades.

El realismo pretendido, pues, se encaminaba no a destruir unas leyes inviolables como, por ejemplo, las de la Física, de las que tenemos hoy el suficiente conocimiento para saber que una pretensión así escapa a nuestra capacidad, sino a barrer y eliminar aquellas normas sociológicas convencionales que entorpecían, a juicio de la juventud rebelde, la realización humana como seres libres y dignos. Normas y leyes, por otra parte, cuya fuerza y arraigo las hacen aparecer tan inmutables y exactas como las que rigen ese cosmos de inmensidad abrumadora, donde apenas somos leve mota de impalpable polvo con aspiraciones de eternidad.

La frase, pues, no era tan absurda ni tan vana. Respondía a un impulso de rebeldía, perfectamente lícito y conveniente en la juventud. Porque en este mundo, a poco que meditemos sobre ello, cada ser y cada etapa de su vida, tiene una misión específica de la

que no se debe desertar. La del joven es ser rebelde, insatisfecho, utópico, para cuando la madurez le llegue tener la suficiente inquietud, serena y reposada, que le permita crear y corregir, conservando, al propio tiempo, las conquistas que muestran con evidencia su bondad y valores positivos.

El llamado conflicto generacional no es otra cosa que el contacto o roce, a veces violento, entre dos maneras distintas, aunque no antagónicas, de mirar el mundo. Una con ojos alegres, optimistas, retadores y emocionantemente generosos; otra con mirada pragmática, en ocasiones pesimista y cobarde, pero también, con frecuencia, justa y acertada.

Lo importante es asumir la misión que en cada momento nos corresponde, con diligencia y sin acritud. Sin rebeldías, la sociedad habría permanecido quieta, rígida, momificada; sin la prudencia y serenidad, cautamente innovadoras y conservadoras, hace tiempo que hubiera desaparecido.

Solo cabe un realismo: el de cumplir cada cual, con humildad y amor franciscanos, las obligaciones que la vida, en su permanente evolución, le va exigiendo; y realizarlas con honestidad y sincero afán de contribuir al mejoramiento de las condiciones que existen en cada instante, para que nunca sea deseable el regreso a un pasado más o menos remoto.

Pedir lo imposible, sin duda, tiene algo de locura utópica; más para que las actuaciones humanas tengan objetivos perfeccionadores, han de elegirse metas tan locamente atractivas que aparezcan, en el presente, como absurdas; porque lo utópico, lo imposible, seguramente nunca lo alcanzaremos, pero con que su luz lejana y fascinante nos atraiga e imprima dirección y energía al quehacer cotidiano, es suficiente para que vayamos enderezando el torcido camino que seguimos. Este es el gran realismo de lo imposible, el realismo para conseguir cada nuevo día, ser más humanos.